

Vive donde quieras,  
trabaja en lo que te gusta,  
vete de vacaciones cuando te apetezca.  
Con una condición:

# TEN PEOR COCHE QUE TU VECINO

LUIS PITA



La libertad financiera se mide en el número de años que podrías vivir si perdieses tu trabajo o si dejaras de tener ingresos. Entonces, ¿cuál es la tuya? Si tu respuesta no te hace sentirte especialmente libre, no te preocupes, porque con este libro todo empezará a cambiar. A través de sencillos pero eficaces consejos, *Ten peor coche que tu vecino* te ofrece todas las claves que han servido al autor para disfrutar de una independencia de diez años. Por ejemplo, introduciendo el concepto de *preahorro*, ahorrando tus subidas de sueldo, tratando de no endeudarte innecesariamente, generando ingresos pasivos y, por supuesto, teniendo peor coche que tu vecino.

Quiero expresar mi agradecimiento a Rodrigo Serrano, que ha estado en todas las fases del nacimiento de este libro aportando ideas constructivas y grandes cantidades de sentido común; a Noemí Cambor por su excelente revisión de estilo, y a Luis Ríos por sus comentarios y críticas a las versiones preliminares del manuscrito.

También tengo una deuda de gratitud con los hermanos Verdugo por su calidad artística a la hora de dar vida a los dibujos de Horacio.

Por último, una mención especial a Marta, a mi madre, a mi abuelo, a mi hermano y a toda mi familia por ayudarme a plasmar en este libro el estilo de vida que compartimos en el día a día.

¡Muchas gracias a todos!

## Presentación

Me llamo Luis, estoy casado y tengo un hijo, Alejandro, que de mayor quiere ser pirata. He cumplido 35 años y mi libertad financiera es de diez años. Es decir, si mañana dejase de trabajar podría seguir viviendo con mi nivel de vida actual durante la próxima década.

Esta libertad financiera me da seguridad. No tengo miedo a que un día de estos quiebre la empresa donde trabajo, o que me ponga enfermo y no pueda recibir mi sueldo. Aunque pasase lo peor tengo diez años para encontrar una solución, y esto me da mucha tranquilidad para afrontar el futuro.

Gracias a la libertad financiera que he construido estos años, puedo dedicarme a un trabajo que me encanta. Además, me deja tiempo para mi familia y para emprender proyectos que me apasionan, como escribir este libro. Me siento muy afortunado por trabajar por gusto, no por obligación. En palabras de Schopenhauer: «feliz es el hombre que puede decir: mi día me pertenece».

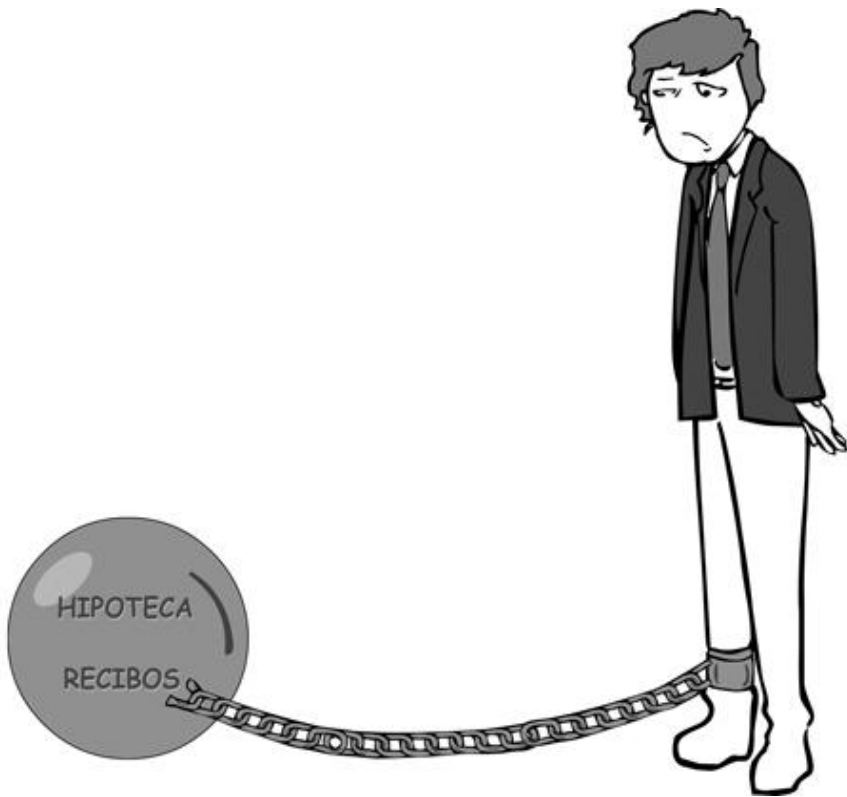
Me han preguntado cientos de veces cómo puede llegar uno a esta situación tan tranquilizadora sin ser el fundador de Google o recibir una herencia millonaria.

En estas páginas te voy a contar el secreto, no con fórmulas ni cifras complicadas, sino a través de una historia.

En [www.tenpeorcochequetuvecino.com](http://www.tenpeorcochequetuvecino.com) tienes vídeos y herramientas para ayudarte en el camino.

¡Vamos allá!

01  
El hombre gris



## Sábado, 23.00 h

La cena ha estado muy bien. La verdad es que este restaurante es de lo mejor de la ciudad: aún a un espacio moderno, el ambiente más chic y su famosa cocina de autor. Todo un lujo, no me puedo quejar. Entonces, ¿por qué me ha dado una punzada en el estómago?

—Pues sí, como te lo cuento Sara, es un vecino rarísimo. Yo creo que es un agente secreto o algo así. Mira siempre como muy profundo, ¿sabes?

—¿En serio crees que...?

—¡Ay, no sé! A mí me da cosa. Algo esconde y para eso tengo mucha intuición. Lo que yo te diga: agente secreto o algo peor que no quiero ni pronunciar en alto. Horacio no quiere verlo.

—¡Por Dios, Isabel, si nuestro vecino va en silla de ruedas! ¡Cómo va a ser agente de nada! Deja ya al pobre hombre, no es muy sociable eso es todo. Además, nunca lo has visto, cada vez que te digo que está en el rellano te escondes.

—¡Sí que lo vi! Un día que no estabas tú. Pero cariño, ¡qué mala cara tienes! ¿Te pasa algo?

—No Isa... Nada.

Algo me pasa, pero no sé exactamente qué. O tal vez sí lo sé y no quiero reconocerlo.

—¿Qué sucede Horacio? Te has quedado pálido. ¿No será por culpa de la cuenta del restaurante? No me dirás que el mejor comercial de nuestra empresa no tiene para estos pequeños caprichos. Si lo sé, invito yo.

—¡Ay, Gerardo! No seas maleducado.

—Sara, ¡si es una broma! En la oficina es el monstruo de las ventas, todo el mundo lo sabe.

Sí, sí que me pasa algo. La cena ha sido estupenda pero demasiado cara. Tienes razón Gerardo, no quiero pagar to-

dos los fines de semana estas cantidades desorbitadas por comer. Estoy harto de esto y de tus aires de grandeza. No sé por qué tenemos que salir siempre con estos dos estirados, Isabel, tenemos más amigos pero siempre acabamos haciendo planes con ellos. Sara es buena amiga tuya, no digo nada, pero aguantar al estúpido de Gerardo es un castigo diario. Estoy cansado de tanto esnobismo. ¡Mierda! No te enfades Horacio, no te enfades que te sale el tic.

—¡Ay, amor! Otra vez estás parpadeando como un loco.

—¡Horacio eres un estresado, hombre! Vamos a tomar un buen *gintonic* en el club de tenis, ya verás cómo una buena ginebra te quita todo ese nervio.

Mis ojos me delatan. Vamos a arreglarlo con una buena copa con un gran precio.

—Venga, Horacio, relájate por favor, —me digo—. Soy un exagerado, no es para tanto. Todo el mundo lo hace, todos tenemos derecho a pequeños caprichos. ¡Para eso nos pasamos el día entero trabajando!

## Domingo, 14.30 h

—¡Hola Isabel, qué guapa estás! Ya era hora de que me hicierais una visita. Hijo, ¡me tienes abandonada!

—Hola, mamá. No empieces, que venimos cada 15 días.

—Eso no es suficiente para una madre.

—No te pongas dramática anda, y saca esa tortillita que estoy muerto de hambre.

—No puedo competir con tu tortilla, suegra.

¿Con la tortilla de mi madre? No, imposible. No tiene comparación ni tan siquiera con esa tortilla con reducción de caldo de nécoras y boletus (o algo así de raro) que tomamos el sábado pasado y me costó un riñón. Esta es gratis, española de verdad y, además, con amor de madre.

—¿Alguna novedad, chicos?



—No, ninguna. Horacio sigue sin querer cambiar de coche.

—¡No me digas! Pero hijo, ¿por qué no cambias el cacharro ese por uno mejor?

—¡Venga! ¿Os vais a aliar para estropearme la comida? Ya he explicado mil veces que no sé qué hacer. Los coches son caros, ¿sabéis? Ojalá pudiera comprarme un buen coche ahora mismo, pero no es tan sencillo.

—Pues pregúntale a Gerardo cómo lo ha hecho porque me ha dicho Sara que la cosa no ha sido tan traumática como tú lo cuentas. Se han comprado un Audi de alta gama, van como señores. Lo pagan a plazos, cómodamente, con la letra que pueden, ¡como lo hace todo el mundo!

—Sí, claro, pero dentro de cinco años Gerardo tendrá un coche usado por el valor de la décima parte que le costó y aún le quedarán dos años más por pagar.

—Hijo, no sé, Isabel tiene razón. Todos hemos comprado el coche así, a plazos. Ya tenéis edad para ir en un coche elegante, ¿no? Para eso trabajáis tanto.

—Supongo, mamá. Tengo que pensar cómo lo hago.

—Te has vuelto un rácano, Horacio, no sé lo que te pasa.

¿Me habré vuelto un rácano de verdad? Antes no pensaba tanto en el precio de las cosas, ni me daba tanto miedo comprar algo a plazos. La verdad es que siempre he tenido ganas de conducir un coche alemán pero ahora no me atrevo, no me parece justo pagar el doble de su precio por culpa de los intereses que me van a cargar.

—Isabel, ¿tú crees que necesitamos un coche tan caro? No hacemos viajes habitualmente, no nos hace falta que consuma tanto. Con uno para ciudad que esté bien...

—¡Claro que hace falta! Es increíble que tenga que explicártelo yo. A todos los hombres les hace falta un gran coche, viajen o no, menos a ti. ¡Qué raro te estás volviendo!

—¡Venga, chicos! No vamos a discutir ahora, que la tortilla se enfría y después no hay quien la coma.

No le falta razón a Isabel: me estoy volviendo un poco raro. Seguro que si los clientes me ven en un coche elegante venderé más. Además, no tendré que morirme de vergüenza cada vez que mis amigos se cachondeen de mi coche llamándolo retro porque es de los ochenta. Si encontrara una buena financiación tal vez me animase, pero pagar otro crédito... ¡Si aún debo el anterior!

—Venga, cambiemos de tema, ¿ya sabéis quién es el vecino?

—¿Qué vecino, mamá?

—¡Ay, Horacio, estás en Babia! ¡Qué vecino va a ser! El rarito de la silla de ruedas. No lo sé de verdad, pero me parece que tras ese aspecto impenetrable se esconde un traficante de drogas o algo así.

—¿En serio?

—¿Cómo va a ser en serio? Mamá, no hagas caso a Isabel que está obsesionada con que al vecino le pasa algo raro. Es un tío tímido, no le deis más vueltas, por favor.

—Sí, sí, dices eso pero por dentro piensas lo mismo que yo.

Bueno, tengo que reconocer que en los dos años que llevamos compartiendo escalera no sabemos absolutamente nada de él. Vale, a veces me siento incómodo si coincidimos aunque sea de lejos. Su personalidad parece un poco inquietante. ¡Venga Horacio, ya te estás dejando llevar por la imaginación de Isa! ¡Qué mujer!

—Vaya por Dios hijo, ya veo que no ha mejorado lo de tus ojos.

¡Puf! Otra vez el tic.

## Lunes, 12.00 h

Cierro los ojos y respiro profundamente para relajarme y no decir nada de lo que me pueda arrepentir. No estoy acostumbrado a recibir constantes reprimendas por parte

de mi jefe y, desde luego, decirle lo que pienso ahora no haría más que empeorar la situación.

—¿Estás escuchando lo que te estoy diciendo, Horacio? ¿Eres consciente del problema del que te estoy hablando?

¡Cómo no voy a ser consciente de que este mes no he cumplido los objetivos! Por supuesto que lo sé. Y seré más consciente aún cuando vea mi exangüe nómina del mes: sangrando, sin comisiones. ¿Se cree que vender en esta época es fácil? No hay apenas movimiento. Bajo la vista y me trago mi orgullo en un intento de aguantar, no quiero perder mi trabajo.

Aunque odio mi trabajo. Lo odio, lo odio, lo odio, ¡lo odio! Pero ahora no puedo permitirme perderlo, ¿quién puede? Nadie. Yo, como los demás, tengo que pagar tantas cosas que me pierdo entre los apuntes de mi libreta bancaria: el alquiler más todos los gastos de la casa, pronto la calefacción engordará la factura, el teléfono móvil, el ADSL, el otro teléfono móvil, la viñeta del coche, sus ruedas que hay que cambiar ya, el seguro, el préstamo que pedí hace dos años ya ni me acuerdo para qué, ¡ah, sí, es verdad! Para los electrodomésticos de casa (metalizados, preciosos, pero el doble de caros que los blancos y cada vez que los toco tengo lío con Isabel porque dejo la marca de los dedos), y el último modelo de portátil Macintosh que tanto me gustaba pero que acabé regalándole a la ahijada de mi mujer porque yo ni siquiera lo sé usar.

Aguanto el chaparrón hasta que mi jefe se cansa de argumentar que el problema soy yo y no la dichosa crisis, ni el verano, ni ninguna otra excusa barata (¡ni la pésima calidad del producto que estoy vendiendo a precios desorbitados!, quiero gritarle) y se va a su despacho visiblemente satisfecho.

—Horacio, no sé cómo le aguantas todo eso. Con lo trabajador que eres. No entiendo por qué no se hace cargo de que la cosa está imposible para ti y para todos.

—Ya lo sé, pero ¿qué quieres que le diga? No puedo perder el trabajo. Necesito el dinero, Mónica. Necesito este trabajo.

## Martes, 8.30 h

O me tomo un café o me quedaré frito en el curro. Abro el periódico mientras espero a que me sirvan mi cortado con tostada en la cafetería en la que trabaja Tomás. Casi todas las noticias son funestas y la crisis, cómo no, es la protagonista de la sección de economía, y de internacional, y de cartas al director, y de espectáculos. La crisis engulle el mundo y el mundo nos engulle a nosotros.

—2,60, Horacio.

—¿No eran 2,50?

—Sí, pero he tenido que subir un poco los precios. Llevaba aguantándolos demasiado tiempo. A mí también me los están subiendo y, claro, así no hay quien pueda.

Esto es increíble. Sube la luz, el metro, el gas, la gasolina, hasta un café con unas gotas de leche y una simple tostada, pero mi sueldo no sube y si no me espabilo bajará o desaparecerá. Todo mi dinero se va sin apenas rozarlo. ¿Para qué me paso los días trabajando como un esclavo? ¿Para qué? Si jamás llego a fin de mes habiendo dormido tranquilo hasta el último día.

Con la mirada perdida, sin poder dejar de pensar en cómo voy a aguantar toda la vida así, abro el portafolio y palpo su interior hasta que encuentro lo que busco: mi libreta. Siento la necesidad de dibujar, la tengo siempre que me altero, que reflexiono y las cosas no me cuadran. Cada vez que siento la desazón de ser impotente ante todo lo que querría cambiar. Este secreto cuaderno de bocetos es mi única válvula de escape. Siempre ha sido así, desde que tengo uso de razón dibujo lo que se me pasa por la cabeza. Guardo todos mis cuadernos, son mi álbum de fotografías

biográficas hechas en carboncillo: el resumen de una vida que, sinceramente, no tiene nada de especial.

Mi lápiz se desliza sobre la hoja y va dibujando un rostro. Empiezo por los ojos, tal vez porque los míos siempre me avisan pero también me delatan. Los ojos que me salen del carboncillo son tristes. Continúo con el resto del rostro y perfilo la silueta sobre la que irá el abrigo largo con el que combato el frío en las mañanas de invierno.

El abrigo es mi viejo abrigo. Isabel me ha comprado muchos otros, muy elegantes, muy a la moda pero a mí el que me gusta es este, el que me cubre desde hace años, el que resguarda mis dibujos cuando llueve, el que me pongo si quiero estar cómodo. Ahora que lo pienso, tal vez sea inseparable de mi viejo abrigo porque aunque no es ni mucho menos el más bonito que tengo, este es diferente y, sobre todo, lo elegí yo.

—¿Sigues dibujando? Genial, molan mucho tus personajes. ¿Quién es este? ¡Está amargao!

Veo cómo Tomás se aleja a atender a otros clientes y dirijo de nuevo los ojos hacia mi dibujo. El hombre del traje gris, de mirada triste en el que me reconozco, como en la novela del mismo nombre de Sloan Wilson. Mi vida no es para nada como la había imaginado, ahora me pregunto constantemente: ¿qué me ha pasado? ¿Dónde están mis sueños?

El pitido de mi reloj me hace salir de mis pensamientos. Son las nueve en punto y no quiero darle un nuevo motivo a mi jefe para otra bronca como la de ayer, y la de antes de ayer.

Apuro el café, recojo mi abrigo, mi portafolio, salgo corriendo y llego al trabajo. Ya, sin aliento.



1. LA VIDA ESTÁ LLENA DE GENTE DICIÉNDOTE QUE TIENES QUE COMPRAR TAL PRODUCTO PARA SER FELIZ, O CONDUCIR UN COCHE COMO EL VECINO PARA SENTIR QUE HAS ALCANZADO EL ÉXITO.

2. ES MUY FÁCIL DEJARSE LLEVAR Y TERMINAR SIENDO UN HOMBRE GRIS, QUE NO PUEDE VIVIR LA VIDA QUE QUIERE NI LANZARSE A CUMPLIR SUS SUEÑOS POR TEMOR A NO LLEGAR A FIN DE MES.